

Reseñas

GILBERT M. JOSEPH, *Revolución desde afuera: Yucatán, México y Estados Unidos 1880-1924*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 381 pp.

I

Este libro se inscribe en la nueva tendencia de la historiografía de la Revolución mexicana, la que ha incursionado en los procesos regionales, y que ha dejado de lado la idea de una revolución nacional, la que considera que este proceso fue más bien un mosaico de experiencias locales, con trasfondo común pero con orígenes muy diversos entre sí.

Esta obra, desafortunadamente, tardó diez años en ponerse al alcance del hispanohablante pues fue publicada originalmente en inglés en el año de 1982, dentro de la colección de Cambridge University Press y reeditada en 1988 por la Duke University Press. La traducción al español estuvo a cargo de Eduardo L. Suárez.

No obstante, aunque no constituye una novedad académica, es un hecho que la Revolución sigue siendo uno de los temas favoritos en la producción historiográfica de los últimos años. Incluso a raíz de las diferentes interpretaciones que se dieron a conocer en las últimas décadas y las discusiones suscitadas, se ha renovado el interés por el México porfiriano y el revolucionario, buscando iluminar la relación que guardan entre sí esos dos periodos históricos, en contra de las visiones oficialistas que planteaban una ruptura entre ambos regímenes.

El principal apoyo de las nuevas interpretaciones ha descansado, desde los años sesenta hasta la fecha, en los estudios regionales, como el de Gilbert M. Joseph, que se han dedicado al análisis de la estructura social, económica y política en forma acuciosa y con ello a matizar, aún más, el contenido de las grandes discusiones teóricas.

Otro aspecto, sin duda sobresaliente, es que *La Revolución desde afuera* es una investigación sumamente documentada. El autor revisó la bibliografía más relevante sobre el tema, y consultó los archivos más importantes, tanto los nacionales y locales como el Archivo General de la Nación, el General del Estado y algunos privados, así como los norteamericanos, en especial el Archivo de la International Harvester y la Plymouth Cordage Co. que eran los compradores más importantes de la fibra de henequén yucateco. Con esta documentación, Joseph consigue una mirada desde dentro y desde afuera de los intereses y

contradicciones que alimentaron el proceso revolucionario en esta región del país.

Desde la óptica teórica, el trabajo está guiado por la pregunta: ¿por qué fracasa una revolución social ahí donde más se necesita? El argumento es que una revolución que no logra penetrar entre las clases populares, limitada en sus alcances, desde afuera y desde arriba, no cala a profundidad o sencillamente se transforma en mito. Pero, también es cierto que las revoluciones sociales en América Latina no sólo han fracasado debido a las condiciones internas, sino que Estados Unidos ha contribuido de diversas maneras. El autor muestra claramente que la revolución fracasó en Yucatán, como después han fracasado las revoluciones en Chile, Nicaragua y otros países latinoamericanos, gracias a la intervención norteamericana. Cuba ha sido una digna excepción a este "destino manifiesto".

Para demostrar el carácter de la Revolución en Yucatán, el autor sigue dos grandes ejes en su análisis: 1) el de las condiciones económicas y sociales de la región influidas por el monocultivo del henequén y 2) el de los intereses exteriores a la región, ya sean del gobierno central o norteamericanos.

Este contrapunteo entre los intereses locales, nacionales y norteamericanos resulta útil para el lector porque permite comprender la verdadera dimensión del proceso. Como dice Alan Knight en su presentación, "En *Revolución desde afuera*, el autor hace justicia al carácter distinto de Yucatán [...], pero no se refugia en la oscuridad ideográfica; el exotismo de la patria chica no le oculta lo que hay también de general o incluso universal en la historia de la península.

II

La obra está dividida en tres partes. En la primera de ellas, llamada "Los parámetros de la revolución", en tres capítulos el autor da cuenta del desarrollo de una economía regional de monocultivo, la cual va a propiciar tanto a una "casta divina" estrechamente vinculada a los monopolios norteamericanos, como a una clase trabajadora, cuyas condiciones laborales y mecanismos de control van a dificultar una movilización social desde afuera.

En el primer capítulo "Planta y plantación: el desarrollo de una economía de monocultivo", el autor señala la evolución de las unidades económicas dominantes en la entidad, las haciendas que, según Joseph, se transforman en plantaciones cuando deben adecuarse a las condiciones de una demanda creciente y de un mercado externo poco estable desde el punto de vista de los precios pagados a la fibra. "La inexorable demanda del mercado impondría, una intensificación de la mano de obra en las plantaciones que, en el curso de una generación, complicó las relaciones de producción, transformando a Yucatán en una sociedad esclavista de hecho" (p. 54). Dibuja, en otras palabras, el proceso de acumulación de capital y el despojo de tierras a las comunidades indígenas.

El capítulo siguiente, "El auge henequenero: la oligarquía y el imperio informal", reconstruye el proceso social y las estructuras de poder erigidos a par-

tir de la producción de la fibra. Primero el surgimiento de una élite cuyas personalidades más destacadas y polémicas son Olegario Molina y Avelino Montes. Segundo, el triunfo de lo que el autor llama el imperialismo informal, que es el control casi completo que consiguió la International Harvester sobre los precios de la fibra en contubernio con Montes y Cía.

Este imperialismo informal para el autor no es una etapa fundamental en la expansión del capitalismo (del cual habló Lenin), sino una prueba del control político o económico "consciente" o "deliberado" de la sociedad local por el monopolio extranjero (p. 70). Creo que en torno a este tema se hacen las aportaciones más originales de la obra; sin embargo, no deja de ser una visión empresarial de esta clase de dominación sobre los países productores de materias primas, cuando en realidad es mucho más que eso. Una bien llevada revisión de los archivos del Congreso de Estados Unidos permite al autor decir que el henequén en esta etapa era un asunto considerado de "seguridad nacional" y por eso el gobierno norteamericano se sentía autorizado para utilizar la fuerza militar, "si así lo requerían las circunstancias". De cualquier manera, me parece que el análisis de esta forma de dominación imperialista, que por cierto no ha cesado en varias partes de Latinoamérica, incluso en nuestro país, debe ser profundizado.

Cierra esta parte el capítulo "La ecuación revolucionaria dentro de Yucatán: el problema de las movilizaciones", donde el autor analiza algunas restricciones que limitarán los alcances de la revolución. Éstas eran las condiciones laborales de encierro en las haciendas y otros mecanismos de control social. Me parece un acierto señalar que aunque no estaban completamente inertes, la gran masa de trabajadores era políticamente apática. Los despojos de tierra, las condiciones laborales y de encierro fueron factores determinantes que menguaron la capacidad de lucha mostrada por los mayas unas décadas atrás, durante la llamada guerra de castas. Esto no quiere decir que no se registraran protestas, pero eran, generalmente, aisladas y no lograban articularse antes de ser reprimidas.

En la segunda parte el autor analiza el primer episodio de la revolución o del socialismo en Yucatán bajo el liderazgo del general sonoreense Salvador Alvarado, "La revolución burguesa, 1915-1918". En primer término analiza la personalidad de "Salvador Alvarado y la revolución burguesa desde afuera". Joseph señala el interés que para el gobierno de Carranza adquirió la agricultura de exportación del henequén y por ello envió a Yucatán a uno de sus mejores hombres. Alvarado fue talentoso y hábil para forjar coaliciones políticas, lo cual le permitió constituirse en caudillo e ideólogo. Según el autor, sus reformas fueron, prácticamente, un laboratorio de la revolución, con la característica de una revolución desde arriba y burguesa.

Como se sabe, Alvarado se autodefinía como socialista y por ello entendía, según Joseph, tres cosas fundamentales: 1) que las riquezas de México serían explotadas en adelante en beneficio del pueblo mexicano y no servirían para enriquecer extranjeros; 2) que las generaciones futuras de trabajadores serían liberadas, mediante la organización y legislación gubernamentales, y 3) que un Estado poderoso tenía la responsabilidad de efectuar estos cambios y elimi-

nar todos los obstáculos que obstruían el camino del progreso futuro de México. Sin embargo, en la práctica se trataba más precisamente de un plan detallado para el capitalismo estatal por la vía de una versión populista de la revolución burguesa. En consecuencia, la meta era eliminar los obstáculos que según él impedían el capitalismo industrial y el progreso (p. 128).

En una amplia sección del texto el lector podrá encontrar un detallado análisis de las reformas impulsadas por Alvarado y que abarcaron desde la liberación de los peones y construcción de escuelas hasta el ataque del alcoholismo.

Alvarado, a diferencia de Carrillo Puerto, ofreció un amplio apoyo a la clase trabajadora urbana en contraste con el ofrecido a los trabajadores rurales. Dice el autor, "sus políticas de revolución retroactiva y patronazgo del movimiento laboral urbano ilustran claramente la estrategia populista de movilización desde arriba que guiaban su revolución burguesa" (p. 138).

Uno de los capítulos está dedicado a la "Teoría y la práctica de la reforma burguesa: la tierra y la economía de exportación". Aquí el autor pone en claro la estrategia agraria de Alvarado, que consistía en defender la pequeña propiedad. La imagen del gran predio estático cultivado de manera dispendiosa se oponía a la noción de una pequeña propiedad dinámica, de tipo familiar, intensamente cultivada y capitalizada. Al general le parecía que las haciendas henequeneras correspondían a ese tipo de propiedad. Faltaba solamente eliminar las relaciones laborales de tipo feudal que ahí prevalecían. Fue recio en su lucha en contra del peonaje. Por lo demás, nunca quiso afectar los intereses de todos los hacendados sino de un selecto grupo poderoso, que él bautizó como la "casta divina". Con la fundación de la Comisión Reguladora del mercado del henequén, Alvarado logró desarticular la fuerza de esas poderosas familias pero no las liquidó por completo.

En el último capítulo de esta parte se analiza el derrumbe de la revolución burguesa de Alvarado. Y aquí, de nuevo, encuentro otra veta analítica muy original que es la respuesta norteamericana a las acciones de la Comisión Reguladora creada por Alvarado. Joseph pone de manifiesto la conexión de la International Harvester con las altas esferas de decisión en Washington. Juntos, gobierno y empresa monopólica —que curiosamente acusaba a la Comisión Reguladora de monopolizar—, emprendieron una lucha que tuvo como resultado que los precios del henequén volvieran a bajar en forma considerable. "En cuanto comenzaron a bajar los precios del henequén, el edificio de la revolución regional de Alvarado se volvió crecientemente vulnerable y pronto se derrumbó bajo el peso de las presiones sostenidas desde adentro y desde afuera" (pp. 193-194).

La tercera y última parte del libro está dedicada por entero al segundo episodio de la revolución, encabezado por Felipe Carrillo Puerto, la "Revolución Socialista". Carrillo Puerto, con otro tipo de educación y, sobre todo, experiencia en la lucha política, tenía una concepción distinta del socialismo. "Su peculiar socialismo trataba al mismo tiempo de lograr que los campesinos yucatecos preservaran sus tradiciones populares inmediatas, recuperaran un sentimiento de su pasado, y creyeran en el cambio mediante la fe en el poder de

la clase trabajadora” (p. 267). Joseph considera que es muy probable que Carrillo hubiera querido llevar a cabo una revolución desde abajo pero sabía que no tenía tiempo para ello. Se había dado cuenta que en una región predominantemente agrícola, el sector agrario le daría la base de poder que necesitaba para realizar una revolución exitosa (p. 227). Y así fue, su fuerza descansó en una red caciquil no necesariamente comprometida con la ideología socialista.

En los capítulos de esta sección se procura esclarecer las diferencias entre los dos socialismos, contrastar las personalidades y las estrategias políticas de Alvarado y Carrillo. Por ejemplo, los discursos y los escritos de Carrillo se basan de modo más consistente en las experiencias que obtuvo organizando campesinos que en alguna fuente de doctrina individual, como fue el caso de Salvador Alvarado. Esto no quiere decir que desconociera las diversas doctrinas políticas. “Carrillo, —dice Joseph— había ampliado su horizonte ideológico con los zapatistas, leyendo y discutiendo obras anarquistas y socialistas con sus colegas agrónomos y desarrollando gradualmente una visión marxista del mundo” (p. 231).

Para el autor, la carrera política de Carrillo se entiende más fácilmente cuando se le examina primero como cacique agrario local y más tarde como caudillo regional. Para ello se basa en lo siguiente: el ascenso al poder desde una base local o subregional; un consistente uso táctico de la violencia; una predilección por la operación a través de redes políticas informales, estructuradas por lazos de parentesco y los arreglos personales de patrón-cliente; la manipulación oportuna de símbolos ideológicos y el desempeño de un papel de mediador o intermediario en los tratos con las estructuras estatales y nacionales y con los campesinos locales (p. 235). Estas particularidades no demeritan para nada la obra revolucionaria de Carrillo, pero ponen al proceso revolucionario en una dimensión más real, más humana.

Al analizar el programa socialista de Carrillo, el autor hace un reconocimiento al esfuerzo, entrega y visión de muchos de sus dirigentes. Por ejemplo, el programa educativo basado en su noción de escuela racionalista, las reformas progresistas en el área del control natal, los derechos de las mujeres. Las más de 470 ligas de resistencia feministas y regulares socialistas, además de defender y promover sus intereses materiales, prestaban servicios sociales básicos que la Iglesia y el Estado no podían prestar ya, a menudo por razones políticas o económicas.

Un capítulo entero está dedicado al análisis de la reforma agraria de Carrillo. Conocidos los obstáculos que ponía la ley federal del ramo, se lanzaron decretos para que villas y ciudades modificaran su estatuto legal y así recibieran tierra ejidal. Se organizaron los jueves agrarios, que por lo general consistían en la entrega de tierras. Por lo que se refiere al henequén, Carrillo coincidía con Alvarado: mientras no se desarrollaran otras fuentes de producción, no convenía tocar a las haciendas henequeneras, “la expropiación sólo debilitaría más aún a la industria henequenera, ya afectada por una severa crisis económica” (p. 226).

En su etapa más intensa Carrillo repartió 433 866 hectáreas a 22 525 campesinos, tanto de la zona milpera como de la henequenera. A contracorriente,

Carrillo había planeado seguir adelante con su reforma agraria. En ese sentido lanzó los famosos decretos de noviembre y diciembre de 1923 que, en medio de un trance nacional difícil —la rebelión delahuertista— alimentaron la conspiración en su contra, que culminó con su asesinato en enero del año siguiente.

Las reflexiones finales de esta tercera parte están dedicadas a examinar los motivos y los grupos comprometidos en el asesinato del líder. Pero también a la explicación de por qué no fue rescatado por los socialistas que representaba.

Las ligas de resistencia, columna vertebral del edificio político de don Felipe, se concibieron con un defecto de organización básico que resultó fatal cuando la red extensa debió someterse a una prueba severa. En ausencia de una gran movilización política de las masas, Carrillo había tratado de consolidar su poder a través de los poderosos localmente. En consecuencia, muchas de las más de 400 ligas existentes en la región en vísperas de la revuelta de De la Huerta en 1923, que dieran a Carrillo su fuerza de 60 000 a 90 000 hombres, eran en realidad organizaciones de papel, nominalmente mantenidas detrás de Carrillo por los caciques locales, con lista de miembros muy inflada (p. 305).

III

En términos generales, dos factores externos frustraron la revolución: 1) la dependencia económica de los mercados extranjeros, y 2) la continua marginación de la región dentro de las estructuras de poder nacional (p. 334), además de un factor interno: el de las movilizaciones políticas que no se dieron en virtud de que no se realizó una alianza entre los trabajadores rurales y los trabajadores urbanos. En adición a lo anterior, Joseph señala el factor tiempo: a cada uno de estos episodios revolucionarios les faltó tiempo para cuajar. Pero pareciera ser que las revoluciones en América Latina no han tenido el tiempo suficiente para llevar a cabo sus reformas, ya que al hacerlo afectan poderosos intereses que de inmediato deciden presionar o intervenir para abortar toda posibilidad de éxito.

Esta obra reviste, pues, una gran importancia dentro del proceso de conocimiento de nuestra historia, pero es igualmente interesante desde diversas perspectivas como la del imperialismo; de la dependencia; de las élites; del caciquismo; la conformación del Estado mexicano y la lucha social de los trabajadores, entre otras.

Othón Baños

REVISTA INTERAMERICANA DE SOCIOLOGÍA, "Movimientos sociales en México y América Latina", segunda época, núm. 1, enero-abril, 1992.

La idea de la Asociación Mexicana de Sociología de reeditar esta revista, que desde su nombre manifiesta una vocación latinoamericana, constituye una iniciativa valiosa porque se ancla en la tradición sociológica del país y porque

puede ser leída como la voluntad de un grupo de sociólogos por afianzar la identidad disciplinaria y profesional.

El momento de la reedición puede ser favorable si se piensa que las alteraciones del orden social y político mundial de los últimos años obligan, nuevamente, a nuestras sociedades a pensarse a sí mismas. Es probable entonces que los sociólogos recuperemos terreno.

El primer número de la revista, dedicado a los movimientos sociales, se organiza en tres partes. La primera contiene artículos de autores latinoamericanos que discuten sobre la pertinencia teórica y empírica de este tema tan de moda y a la vez tan polémico en los últimos años, además incluye algunos trabajos que recuperan experiencias de movilizaciones nacionales. La segunda parte está formada por un conjunto de trabajos sobre movimientos y movilizaciones de antiguos y nuevos actores sociales de la sociedad mexicana que los autores relacionan con el proceso de transición política. En la tercera parte se presenta una entrevista a Fernando Calderón, sociólogo boliviano, que desde los comienzos de su actividad profesional ha trabajado sobre este tema, y un útil calendario de las actividades programadas para el presente año por la Asociación Internacional de Sociología (ISA).

El volumen se abre con un artículo de Aníbal Quijano, "Poder y participación en América Latina", que se propone extender un puente entre los enfoques que encaraban la participación social y política en las décadas de los sesenta y setenta con las perspectivas de los movimientos sociales de la actualidad.

Quijano nos recuerda que el análisis de la acción colectiva forma parte de la tradición del pensamiento social latinoamericano y nos previene sobre los peligros de exagerar la novedad que se otorga a los movimientos sociales, al mismo tiempo que subraya la necesidad de recuperar la dimensión societal para evaluar los comportamientos colectivos. Aunque se pueda discrepar con algunas de sus posturas, el autor plantea un problema no siempre bien resuelto por los estudios actuales cuando afirma que "los movimientos sociales apuntan a algo que ocurre con el poder, el Estado y la sociedad en América Latina", y nos desafía a discutir y reelaborar el tema de los movimientos en relación con asuntos como la desigualdad, el poder y la dominación, la cuestión estatal o la internalización de las relaciones económicas.

Los casos nacionales en América Latina están representados por los trabajos de Silvia Rivera Cusicanqui quien en "Tres disyunciones en los movimientos sociales contemporáneos de Bolivia" nos ofrece un excelente y documentado balance de los movimientos sociales en su país; Edison Nunes en "Movimientos sociales urbanos e o proceso político brasileiro: as lutas por la democracia" nos proporciona un amplio panorama sobre la discusión teórica y una reflexión de gran interés, por lo polémica, sobre el papel de los movimientos sociales en la democratización de la sociedad brasileña.

Dos artículos ofrecen una lectura muy distinta sobre el papel de los movimientos sociales en la transición hacia la democracia en Chile. Eduardo Valenzuela en "Sistema político y actores sociales. El caso chileno" se ubica en la perspectiva del sistema político y piensa la transición como un espacio donde actores políticos casi puros se orientan a construir consensos sobre proble-

mas distintos por medio de acciones instrumentales y técnicas, tendientes a generar legitimidad. La creación de clientelas, el manejo de la opinión pública, de los medios de comunicación, etc. y el evitar la relación directa con actores y movimientos sociales forman parte de esta racionalidad estratégica.

Esta opción, según Valenzuela, se explica por dos procesos de distinto nivel. El primero, que por experiencia histórica el autor llama los traumas de la movilización excesiva y de la dictadura, implica que la clase política aprendió que la democracia debía basarse en el consenso y no en la confrontación. El segundo es que los movimientos de mujeres, pobladores, sindicales, por los derechos humanos, y otros que surgieron con anterioridad al gobierno del presidente Aylwin, en el periodo de la transición se encuentran desarticulados o débiles o bien dispuestos a negociar demandas por políticas públicas.

De un plumazo, aunque con talento, Valenzuela descarta a la sociedad y privilegia a la élite política en el escenario chileno, sin considerar que los actores sociales en ese país se han caracterizado por poseer una cultura política y comparten con la élite dirigente la experiencia traumática.

Felizmente, en "Movimiento sindical en la transición democrática: sindicalización e institucionalidad laboral" Echeverría se distancia del discurso oficial y comprueba, con un análisis de la negociación en torno a la legislación laboral y con información empírica de primera mano, que en ese país hay acción y actores sociales, en este caso, el movimiento sindical.

El interés de este trabajo radica en que demuestra cómo, utilizando su capacidad estratégica, los actores sólo salen a la luz pública cuando las condiciones políticas lo permiten. Más aún su aparición, en la transición poco heroica si se quiere, se orienta a negociar una legalidad que los favorezca, a recomponer centrales y federaciones así como a aumentar la base sindical.

El artículo de Echeverría permite suponer que si se llevaran a cabo estudios semejantes entre pobladores, mujeres o en los sectores que se movilizan por los derechos humanos se llegaría a conclusiones similares a las obtenidas para el caso de los obreros. Y es que no hay duda de que en un periodo de transición se juegan muchas cosas a la vez. La recomposición de fuerzas de los actores sociales, la redefinición de relaciones con el gobierno y el sistema institucional, la necesidad de consenso con un gobierno democrático que necesita tiempo para estabilizarse, etc. Tampoco hay duda que la sociedad comparte los traumas señalados por Valenzuela, y quizás esté todavía muy influida por el llamado "factor Pinochet", que significa simplemente que el general entra y sale de La Moneda, y que este acto, probablemente, establece un límite al alcance de la acción, y no sólo a la de los movimientos sociales.

Los artículos sobre los movimientos sociales en el proceso de transición política de la sociedad mexicana están en general marcados por lo que Víctor Manuel Durand, en una evaluación crítica al final de su texto, llama la postura romántica de los autores.

Ello refiere por lo menos a dos dimensiones diferentes por lo que toca al análisis. La primera es que los autores trabajaron juntos, en un seminario organizado por el Instituto de Estudios Transnacionales (IET), al calor de los resultados de la elección de 1988 que dio una gran votación a Cuauhtémoc Cárde-

nas. Este escenario plantea preguntas comunes sobre la conformación de una ciudadanía popular en los distintos movimientos sociales que surgen en el país a partir del año 1985.

La segunda dimensión que impregna los análisis es la idea del movimiento social como portador de transformaciones políticas, que lleva a los autores a otorgar al actor movilizadísimo características, a veces excesivas, en cuanto a su papel en la democratización política.

Vale la pena detenerse en los artículos porque cada autor maneja estas dimensiones en forma diferente y, además, porque se trata de investigaciones que contienen una gran riqueza empírica y documental sobre actores colectivos o movilizaciones que han tenido y tienen gran presencia en el escenario sociopolítico nacional.

El artículo de Esperanza Tuñón, "La experiencia del movimiento de mujeres en la transición democrática", además de ser un certero catálogo de las demandas que las mujeres hicieron durante la campaña electoral de 1988, constituye un análisis problematizado de la relación que se establece entre las mujeres de diversos sectores socioeconómicos, lealtades partidarias y compromisos con el feminismo muy diferentes cuando se enfrentan a la participación política.

Si bien la autora concluye que la coyuntura electoral fue positiva para las mujeres en relación, por ejemplo, con su aprendizaje en la esfera partidaria y en cuanto al hecho de hacer públicos problemas que están confinados al ámbito privado por el solo hecho de estar asociados con la condición femenina, es evidente que su trabajo define una serie de obstáculos a la transformación de las mujeres en sujeto político que sería necesario aquilatar con otros parámetros o confrontar con otras experiencias para obtener conclusiones equilibradas sobre la participación de las mujeres en la política, sobre todo la institucional.

El estudio presentado por Rosa Albina Garabito, "México: el movimiento sindical en la transición democrática", es distinto y si bien no cabe en la visión optimista constituye una búsqueda del sujeto popular perdido. De hecho, la autora se dedica con gran agudeza a explicar por qué no hay movimiento sindical en el país. Sus observaciones sobre el papel del Estado mexicano y las estrategias sexenales en relación con el sindicalismo son en extremo imaginativas y pertinentes, al punto que constituyen interesantes hipótesis para trabajos posteriores.

Su propuesta de buscar al sujeto sindical en los distintos conflictos puede ser una pista de interés, aunque no habría que descartar las nuevas formas organizativas como la Federación de Sindicatos de Empresas de Bienes y Servicios (FESEBES) o la Confederación Obrera Revolucionaria (COR), porque es probable que mientras busquemos al sujeto, se haya modernizado el control corporativo en el sindicalismo mexicano.

Las primeras páginas del trabajo "El movimiento urbano popular (MUP) y la lucha por los espacios políticos y sociales en México", de Javier Farrera, están impregnadas de optimismo. Las palabras ascenso, potencialidad, crecimiento, dinámica del movimiento acompañan la reconstrucción de su historia. Sin embargo, y súbitamente, pareciera que el autor recapacita y llega a una

visión equilibrada más cercana a la vida cotidiana de los actores, logra reflexiones perspicaces y fundamentadas sobre la composición social, las relaciones al interior de la organizaciones, la cultura política de la gente común y de los dirigentes, y sobre todo pondera el papel del sistema político y las políticas públicas en el encuadre de los actores populares. El artículo se fundamenta en investigación de primera mano, en un conocimiento acabado de las organizaciones y de la historia del MUP; en fin, se trata de un trabajo documentado de interés para los que trabajan el tema.

Finalmente el artículo "El movimiento por los derechos humanos en la transición política", de Víctor Manuel Durand, constituye una interesante reconstrucción de la formación de organizaciones y de luchas alrededor de esta demanda que tiene orígenes lejanos en la sociedad mexicana y que logra una cierta institucionalización en la actualidad. Durand ubica el problema en una cultura política que tolera la violación de los derechos humanos. Esta aceptación, según el autor, indica, por un lado, la dominación de una clase que ejerce el poder arbitrariamente y, por otro, la dificultad para construir la ciudadanía. Se trata de un trabajo exploratorio que al relacionar las luchas por los derechos humanos con características básicas de la sociedad mexicana ligadas a la cultura y a las formas de ejercicio del poder político señala líneas de trabajo de gran interés sobre el tema, superando el estudio aislado de un movimiento.

El volumen temático, como se puede deducir de esta reseña, está bien concebido y nos proporciona una visión bastante completa sobre la cuestión de los movimientos sociales en América Latina y en el país.

María Luisa Tarrés

ODILE HOFFMANN, *Tierras y territorio en Xico, Veracruz*, Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa, Colección V Centenario del Encuentro de Dos Mundos, 1992, 287 pp.¹

Creo que el texto que hoy nos reúne representa el feliz encuentro de la pasión y el trabajo científico, del amor y la rigurosidad, del afecto y el método, convoca todos por una tierra singular en nuestro entorno: la tierra de Xico. Creo, incluso, que se trata de un libro que entre todos los que elaboramos a propósito de los 500 años de presencia europea en estas tierras, destaca por ofrecer, a partir del examen de un municipio, un pequeño fragmento de nuestro mundo, una profunda perspectiva de los cambios ocurridos en el mundo indígena al cabo de cinco centurias de disputas por el control del territorio.

De hecho, este libro se inscribe, con peculiar fortuna, aun viniendo de otras fuentes teóricas o instituciones, dentro de lo que cabría llamar un renacimiento

¹ Texto leído en la presentación del libro, en Xalapa, Veracruz.

de la historiografía veracruzana. Tal vez estimulados por el afán conmemorativo, pero en el fondo como resultado del esfuerzo de más de una década, los historiadores veracruzanos han dado a las prensas en el curso de los dos últimos años, pero particularmente en éste que está por concluir [1992], una pléthora de obras que iluminan como nunca antes el rico pasado veracruzano. Y cabe afirmar que, con todo, aún estamos en los umbrales del despliegue de una verdadera historia social de Veracruz.

En este contexto de febril edición de libros de historia, el texto de Odile Hoffmann adquiere importancia en medida que, más allá de sus aciertos en el proceso de reconstrucción de la historia de su objeto específico, la conformación de un territorio concreto, su obra contribuye a mostrar uno de los caminos que podrían emprender otros historiadores. Queremos de este modo destacar el hecho de que *Tierras y territorio* constituye un modelo paradigmático de lo que puede hacerse a partir de fuentes de indagación muy precisas: por un lado, los archivos del Registro Público de la Propiedad y, del otro, la cartografía y el análisis geográfico. Se trata, como podrá verse, del feliz encuentro de la geografía y la historia, convocadas ambas con el propósito de reconstruir el proceso de estructuración de un territorio o, en otras palabras, el modo como los grupos sociales se fueron apropiando del espacio.

Su objeto, por otra parte, se revela de inmenso interés si atendemos a algunas de las preocupaciones que actualmente estimulan el debate de las ciencias sociales y de la política en nuestro país. Por un lado, debo subrayar que Odile nos muestra con paciente meticulosidad cómo en el transcurso de poco más de cien años (1872 a 1982), lapso de existencia del Registro Público de la Propiedad, la tierra ha ido cambiando de manos a través de un complejo proceso de ventas, enajenaciones, expropiaciones, dotaciones, embargos y otras transacciones, hasta configurar la actual distribución de los recursos territoriales. Hallamos aquí un análisis, al que he señalado como ejemplar, que contribuye a formarnos una perspectiva objetiva y por ello no exenta de cierto poder subversivo sobre los orígenes de la estructura del poder territorial vigente. Sobra decir que en un contexto como el que hoy prevalece, en el cual, con las reformas al artículo 27 constitucional, nuevamente se pone en juego la distribución de la propiedad de la tierra, el trabajo de los historiadores trasluce su trascendente utilidad: sólo comprendiendo cómo se configuró el mercado de la tierra, podemos trazarnos un panorama preciso de los marcos estructurales en los que se desplegará, en el crepúsculo del siglo XX, la nueva disputa por el territorio y la probable reconfiguración del ejido.

En este sentido, es que también muestra su inquietante actualidad la labor de minero de los historiadores. Hoy, que se reinterpreta el pasado nacional a fin de redefinir el perfil del porfiriato, la obra que hoy nos reúne, *Tierras y territorio*, muestra con claridad cuál fue la importancia del siglo XIX desde la perspectiva del proceso de conformación de la burguesía nacional y de la estructuración de los procesos de dominio político territorial. Si en el plano nacional el análisis del mercado de tierras muestra una opacidad generalizada, a escala local es posible observar una transparencia relativa, esto es, una relativa facilidad para identificar la lógica del comportamiento de los propietarios de tierras. Gracias a

la magnitud de su objeto de estudio, Odile contribuye a esclarecer cómo se configuró uno de los grupos sociales de mayor relevancia en el terreno del desarrollo del capitalismo en el campo mexicano: los rancheros. Y es preciso insistir en las virtudes que tiene el análisis local: Odile puede contrastar, gracias a ella, la peculiar evolución de la propiedad en Xico respecto de la que prevaleció en Coatepec o Teocelo. De esta manera, puede captar los rasgos distintivos de esos granjeros medios, los rancheros en el caso de la región xiqueña: mecanismos de cohesión, redes clientelistas, procedimientos de control de la política local, etc. Por la dimensión o, más bien, por la escala de análisis adoptada, la autora puede brindar un retrato sumamente preciso de los individuos que personificaron ese nuevo modelo de relaciones sociales. Sin embargo, no por ello pierde de vista la importancia de la escala regional o nacional, pues como ella indica, sólo considerando éstas puede explicarse la diferente evolución de los hacendados, negociantes y empresarios agrícolas.

Como bien señala la autora, "en cada época las características ecológicas fueron reinterpretadas en función de las coyunturas económicas y políticas, que favorecían o no tal o cual tipo de explotación". Esta tesis revela toda su pertinencia cuando reflexionamos en torno a la rica cartografía construida en torno a los usos sociales de los recursos naturales en Xico. Tal vez aquí se encuentre uno de los hallazgos más notables de este libro, pues gracias a sus didácticos mapas podemos apreciar cómo las formas de organización social han contribuido y contribuyen a un manejo adecuado del medio o han estimulado y estimulan el uso irracional de recursos.

Finalmente, sólo cabe hacer explícito nuestro asombro al ver que, una vez más, una nueva viajera, probablemente parte ya de nuestra geografía, en el umbral del siglo XXI, hace la crónica precisa de nuestra región, con envidiable e inquietante exactitud.

Hipólito Rodríguez

CARLOS REYNOSO (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Barcelona, Gedisa, 1991.

Este texto cubre una deuda con los lectores de habla hispana y es, en parte, el heredero de la polémica abierta por *Writing Culture*.¹

Concebido como una compilación de artículos representativos de la llamada antropología posmoderna, debate desde una inusual perspectiva el *status* actual de esta disciplina y, por extensión, afecta a toda la discursividad generada en las demás ciencias sociales.

El reto principal que se propone el compilador es hacer convivir dentro de

¹ J. Clifford y G. Marcus, (comps.), *Writing Culture*, Berkeley, University of California Press, 1986.

un mismo texto su forma particular de mirar el tema y la de los antropólogos que conforman el resto del libro. Este enunciado, que puede ser visto con relativa calma, se vuelve muy activo cuando de la lectura de la presentación de Carlos Reynoso pasamos a la de los textos de Clifford Geertz, Richard A. Schweder, Michael Agar, James Clifford, George Marcus, etcétera.²

En otro libro, Jacques Derrida se preguntaba sobre “qué gestos se esperan de un prefacio”, y dice:

Quizás aquellos gestos que consisten en introducir, presentar, plantear o exponer, recopilar. Y por supuesto al hacerlo, imponer, autorizar, conferir fuerza de ley a una evaluación, a un consejo, o incluso a una orden: esto es lo que ustedes van a leer y lo que deben leer, lo que hay que leer, créanme, y éstas son las instrucciones, les digo también cómo hay que leer. Es también prevenir: el prefacio viene a ponerles sobre aviso de antemano contra tal o cual error.³

La tensión generada por la presentación de Carlos Reynoso deviene precisamente de la tónica prescriptiva de su texto. Al adoptar el papel de presentador en controversia con los textos que le continúan, su trabajo no escapa de la caracterización de Derrida. Su introducción es un intento de contextualizar las ideas y las producciones de la antropología posmoderna en términos de contextos políticos-ideológicos-sociales. Dentro de la propia disciplina la base metodológica estará dada por el discurso posestructuralista, que a juicio de Reynoso fue apropiado de manera parcial y rudimentaria por los antropólogos norteamericanos. Especialmente el pensamiento de Foucault será objeto de una mutación que le asigna mayor importancia a un relativismo, donde la “verdad” es situada en dependencia de las distintas epístemas y disuelta en multitudes de verdades, todas ellas válidas. El otro “gran culpable” es Jacques Derrida quién —Reynoso no deja pasar el detalle— en otras épocas fue maofista.

² Además de la presentación de Carlos Reynoso, se incluyen ocho trabajos ordenados según el siguiente criterio: “Antropología simbólica”, con ensayos de Clifford Geertz y Richard A. Schweder. “Antropología fenomenológica”, con un artículo de Michael Agar y por último, “Antropología posmoderna”, donde se presentan los trabajos de James Clifford sobre el lenguaje etnográfico, el de Georges E. Marcus y Dick E. Cushman, quienes centran la discusión sobre el creciente interés de los antropólogos por la escritura de textos etnográficos. El artículo de Marilyn Strathern aborda el movimiento realizado por la disciplina entre la escritura de Frazer y la de Malinowsky, para pensar algunas de las preocupaciones de los antropólogos posmodernos, tales como la ironía y el juego. A éste, le suceden una serie de comentarios de M.R. Crick, R. Fardon, E. Hatch, I.C. Javie, R. Pinxten, P. Rabinow, E. Tonkin, S.A. Tyler y G. Marcus. Con posterioridad Marilyn Strathern ensaya una respuesta. Dennis Tedlock trabaja sobre el problema de construir una antropología dialógica, tanto en el trabajo de campo como en la etapa de publicación. En otro artículo discute el problema de la representación dentro del marco de la antropología dialógica. Por último, el ensayo de Stephen Tyler, sobre la necesidad de desplazar incluso la escritura para hacer antropología. Más comentarios en el texto.

³ Cristina de Peretti, *Jacques Derrida, texto y deconstrucción*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 10.

La actitud prescriptiva, como ya lo mencionamos, de la presentación presiona sobre el lector tratando de eliminar el diálogo con los discursos que comparten un mismo espacio físico. El compilador realiza un movimiento pendular entre los presupuestos metodológicos de los antropólogos posmodernos y el trasfondo político que anima la producción de sus textos. Por esa razón no habrá casi distinción entre la creencia en “dogmas”, como él los denomina, como por ejemplo, el de la crisis de los metarrelatos legitimantes y la adopción de un posestructuralismo tardío con problemáticas metodológicas al menos, interesantes.

La acusación del presentador a las voces de la antropología posmoderna de desmovilizar políticamente, oculta la preocupación de ésta por construir textos etnográficos donde el sujeto de estudio participa de la producción de los mismos. Oculta también, la búsqueda de una ética, se podría decir más local, menos ambiciosa quizás, por parte del etnógrafo posmoderno cuando se enfrenta al problema del trabajo de campo y de la escritura etnográfica.

El libro, justo es decirlo, nos brinda también la posibilidad de escuchar otras voces gracias a un excelente trabajo de compilación.

Después de leer el trabajo de Marilyn Strathern, “Fuera de contexto. Las ficciones persuasivas de la antropología”, se percibe un gran compromiso en discutir los alcances de la actitud y condición posmoderna de la antropología, con conciencia de las limitaciones y peligros que entraña la propuesta, trabajo que de hecho es escasamente tratado en la presentación.

Frazer y Malinowsky son las dos tradiciones que reseñan el movimiento realizado por la disciplina desde un discurso que se dejaba impresionar por lo exótico, y en parte lo convertía en emblema, hasta otro que prohibía su aparición. La autora rescatará hábilmente la escritura de Frazer, la volverá inteligible, para intentar explicar algunas de las preocupaciones de los antropólogos posmodernos, como por ejemplo, el papel de la ficción y cierta actitud irónica. Esta última palabra recorre toda la antropología posmoderna. Pero se cuidará de aclarar que la ironía no es una mezcla, sino una acción deliberada de yuxtaposición de contextos donde no circula ninguna idea parecida al desorden.

Sin duda, como dijimos al comienzo, el libro es un verdadero catálogo de las temáticas y preocupaciones posmodernas. Entre ellas, una de las más fuertes, posiblemente la que más vértigo produzca en los lectores, es la de Stephen Tyler. En “La etnografía posmoderna: de documento de lo oculto a documento oculto”, nos dice que la etnografía posmoderna es una composición textual construida a partir de fragmentos de discursos, los cuales tienen la intención de evocar en la mente del lector y del propio escritor una “fantasía emergente de un mundo posible de realidad de sentido común, y provocar así una integración estética que poseerá un efecto terapéutico”.⁴ Este texto apuesta por el retorno a la poesía, convencido de la imposibilidad de la ciencia para dar cuenta del mundo; pero debe tratarse de una poesía que rompa con el habla cotidiana y que, a

⁴ Carlos Reynoso (comp.), 1991, p. 300.

través de ese acto, evoque recuerdos del *ethos* de la comunidad. La poesía aquí es la opción elegida para actuar éticamente. La escritura de Tyler presiona sobre los límites del lenguaje de un modo tan complejo que nadie puede, después de leer su trabajo, tener una actitud pasiva. Su escritura compromete a lenguajes más vastos que los de las etnografías.

Evocar es la palabra clave de este nuevo vocabulario. Al rechazar toda posibilidad de trascendencia de la antropología a través de los metalenguajes o de la praxis, porque “no describe(n) ningún conocimiento ni produce(n) ninguna acción”⁵ la actitud gira hacia lo que no puede ser nombrado directamente, a lo que sólo podemos dar cuenta por medio de la evocación. Ésta es el remplazo de la presentación y representación. Vuelve concebible lo que de hecho no puede ser dejado en manos de los dos conceptos anteriores.

Este ejercicio libera el pensamiento antropológico de la pesada carga de la verdad. En cierta forma, Tyler sugiere que el gran descubrimiento para la antropología, a través de la idea de la evocación, es que con ella puede reivindicar un lugar en el mundo para sí misma o desaparecer. Desplazar la *verdad* fuera de los términos en que la concibió la modernidad significa, por una parte, desplazar ilusiones, y por la otra, someter la escritura a una ordalía de la que quizás salga, pero con un rostro cadavérico.

George E. Marcus y Dick E. Cushman, dentro de una preocupación similar, rastrean los itinerarios de las escrituras etnográficas. Poniendo el acento en la reciente etapa experimental de la escritura etnográfica, imaginan que la estructura de la disciplina posiblemente no salga alterada después de estos ensayos, pero que tal vez esté señalando el cambio en las ambiciones teóricas y en la forma en que se ha concebido el trabajo de campo hasta el presente.

Se percibe un rechazo a las convenciones del género del realismo etnográfico. En este ensayo se ve una clara preferencia por los problemas que genera el lenguaje cuando intenta dar cuenta de una situación. Sin embargo, los autores cuidan que el análisis de las condiciones de escritura no deriven en un determinismo lingüístico.

El segundo problema de fondo es el de la autoridad etnográfica, definida en las preocupaciones de los antropólogos por la escritura. Marcus y Cushman colocan las experiencias de la escritura experimental en el interior de las tramas del significado y de la hermenéutica. En este marco, las argumentaciones son sustentadas por la autorreflexión y la intervención calculada del etnógrafo. El establecimiento de una presencia narrativa, la definición de una organización textual y la precodificación de la presentación de datos, vistas como estrategias confrontadas, ayudan a los autores a comprender el problema de la autoridad en la escritura etnográfica contemporánea.

En la apelación hecha por Marcus y Cushman a los lectores profesionales de la antropología, para que se hagan cargo de las implicaciones que encierran los problemas textuales se reconocen ecos lejanos de la obra de Hayden White.

⁵ Reynoso, *op. cit.*, p. 298.

sobre la historia intelectual europea del siglo XIX.⁶ Esto demuestra, como lo plantean los autores, que no estamos en presencia de una moda pasajera.

De *El surgimiento de la antropología posmoderna* se pueden derivar múltiples lecturas. Una de ellas, sugerida por Carlos Reynoso, destaca los problemas que encierra todo un campo de reflexión que se identifica con una época de desmovilización política y cultural. Esta opción comporta, evidentemente, una propuesta de lectura disciplinante, en cierta forma, excesivamente clasificatoria, como así también la sospecha sobre el conjunto de un campo diverso, a partir de las expresiones de sus miembros más radicales. En términos de *tropo* literario, una reflexión signada por la sinécdoque. Pero también es posible olvidar lo que manifiestamente homogeniza, como por ejemplo: todos comparten la creencia en el fin de los grandes relatos, todos se citan a sí mismos. Entonces, se descubre que los textos ofrecen multitud de aristas que obligan a los lectores y autores a tener conciencia de las trampas que el lenguaje pone en el camino. Textos que obligan a pensar en las condiciones en que los saberes buscan, generan o abandonan legitimidades.

En resumen, un libro que permite ser leído por donde el lector decida, mostrando quizás que la polifonía, el diálogo, son opciones válidas, que no se parecen a la vocinglería. Un libro que, desde la tensión entre *presentador* y *presentados* prefigura un campo común de debate y confrontación.

Alejandro de Oto

HUGO ZEMELMAN, *Horizontes de la razón*, Barcelona, Anthropos, 1992.

La última obra de Hugo Zemelman nos da la oportunidad de discutir la síntesis del pensamiento epistemológico más rico y creativo que ha surgido en América Latina en los últimos diez años. Repensarlo a la luz de algunas de las polémicas actuales de la epistemología, en particular la que se inicia con el positivismo y su concepto estándar de teoría, se continúa con el posestructuralismo y finaliza con la posmodernidad.

En los *Horizontes de la razón*, Hugo Zemelman hace una nueva presentación de su conocido texto *Uso crítico de la teoría*, modificando en profundidad y extensión la primera versión, con una presentación más académica, abundantes citas y una ubicación precisa dentro de las corrientes del pensamiento social y filosófico.

En el prefacio el autor aclara por primera vez sus fuentes epistemológicas: se trata de un pensamiento que se fundamenta en Hegel y Marx, y que se conti-

⁶ Hayden White, *Metahistory, The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore-Londres, The Johns Hopkins University Press, 1973. Hay traducción al español: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

núa con Gramsci y, de otra forma, con la Escuela de Franckfort, llegando a Ernest Bloch y a Karel Kosík. Zemelman retoma sus supuestos de realidad en movimiento, potencialidad, determinaciones inacabadas y, sobre todo, de “posibilidades de construcción de la realidad” por parte de los sujetos: el presente como espacio de construcción. Para Zemelman, una realidad inacabada por los sujetos en términos racionales, ni mucho menos por la ciencia.

Éste es el fundamento del gran reto intelectual que el autor se ha propuesto dilucidar: la posibilidad de una epistemología no cientificista, aunque irracionalista, de acuerdo con su concepción de realidad en movimiento y relativamente abierta en el tiempo presente. Para abordar esta gran tarea de refundar la epistemología, el autor se ve obligado a reformular muchos de los conceptos tradicionales.

En lugar de predicción propone el de *potenciación de lo posible* en el tiempo presente; en vez del de verificación el de *viabilidad de las opciones de construcción* por parte de los sujetos; en lugar de sistema o estructura, el de *totalidad abierta*, que también contraponen al individualismo metodológico. En Zemelman el concepto de totalidad tiene una raigambre hegeliana y marxista a la vez, pero distante de las interpretaciones estructuralistas del mismo marxismo. De esta forma tiene semejanza con la idea de Kosík de totalidad concreta en lugar de totalidad abstracta o totalidad cerrada, entendida esta última como modelo teórico abstracto que por la vía de la deducción permitiría formular hipótesis, verificarlas y explicarlas. Veremos posteriormente con detalle los atributos de esta totalidad tan poco totalitaria en Zemelman.

Movimiento y apertura llevan al autor a reivindicar a la dialéctica, no como lógica sino como forma de razonamiento. Forma que para Zemelman es diferente a una lógica, es más bien una postura con respecto a lo real, postura de apertura con relación a las teorías acumuladas y de construcción práctica de lo real por el sujeto, liberado también de ataduras lógicas. La razón que interesa a Zemelman no es la que enfatiza lo dado como correspondencia y que predominó en Occidente desde el siglo XIII, sino la razón viable o de lo viable.

La posibilidad de un razonamiento de lo viable *versus* el de la correspondencia, lo lleva a contraponer su método con el hipotético deductivo, situándolo dentro de la tradición clásica del concreto-abstracto-concreto, que está relacionado con sus nociones de problema-problematización, construcción de campos de objetos, cierre explicativo y la distinción entre aprehensión y explicación.

La profundización de esta forma de razonamiento para el presente en construcción lo lleva, en la parte II del libro que estamos reseñando, al concepto de ‘estructuras parametrales’, herencias del sentido común, de la tradición, etc., que de cualquier manera se entremezclan con el conocimiento científico y con la conciencia histórica. Sin embargo, en la distinción que hace entre conocimiento científico y conciencia abierta al futuro no deja de definirse como racionalista, pero un racionalismo no cientificista: la voluntad objetiva se basa en la razón pero no toda ella sería producto del conocimiento científico.

Finalmente, no podría faltar en esta reconstrucción de la epistemología crítica a los conceptos clásicos de ley y de causalidad en choque franco con el

positivismo y la reivindicación de un concepto de historicidad con dos contenidos: exigencia de especificidad y de incorporación de lo posible en lo indeterminado del tiempo presente. Los últimos apartados del segundo volumen de *Horizontes de la razón* se dirigen hacia aspectos metodológicos particulares relacionados con la construcción del objeto, para terminar con una vibrante exhortación a trasponer los límites de lo aceptado, ejemplificada con la práctica artística.

Zemelman y la crisis del concepto estándar de teoría

El siglo xx conoció una poderosa epistemología, la del positivismo lógico, en crisis desde los años sesenta. El afán positivista de distinguir tajantemente ciencia de metafísica le impuso la pretensión de convertir todo el proceso de investigación científica en uno de carácter rigurosamente lógico.

Su propuesta de método es el hipotético deductivo, que en la fundamentación lógica es inductivo (el *tolendo tolens* como fundamento lógico de la verificación), pero deductivo como proceso de investigación, de la teoría a la verificación empírica, pasando por hipótesis teóricas e indicadores empíricos.

El concepto más acabado de teoría que formuló es el llamado concepto estándar, que en la enunciación de Carnap se relaciona con su teoría de los dos niveles del lenguaje científico: un enunciado sintético tendrá sentido empírico si sólo si existen enunciados observacionales con los cuales el enunciado en cuestión se halla en relación deductiva. Es decir, la teoría estándar no sería sino un sistema de proposiciones vinculadas entre sí en forma deductiva y cerrado semánticamente. El ideal sería la teoría axiomatizada, heredada de la matemática, y siguiendo a Carnap, la interpretación empírica de tales sistemas estándar se daría por un conjunto de reglas semánticas de correspondencia que conectarían conceptos teóricos con observacionales.

La crisis del positivismo y de su concepto estándar de teoría implicó contradicciones internas y críticas externas durante un prolongado periodo: desde las críticas de Popper al concepto de verificación; hasta el reconocimiento de que la ciencia trabaja con conceptos sólo parcialmente interpretados; pasando por el de la incompletud de las reglas de correspondencia y que no hay una teoría aceptable (en el sentido lógico que querían los positivistas) de la observación. También, el papel de la extralógica en el sostenimiento de los paradigmas o la presencia de cinturones de protección, y la inconmensurabilidad de las teorías. La crisis fue tan intensa que Hempel al final de su existencia tuvo que reconocer que no era posible distinguir tajantemente ciencia de metafísica.

Mientras la crisis del gran paradigma positivista era cada vez más aceptada, tímidas concepciones alternativas acerca del significado y estructura de una teoría científica se fueron fortaleciendo. Desde las primeras iluminaciones de Bachelard, con su noción de perfil epistemológico, teorías con conceptos de diferentes grados de maduración, a diferencia de la claridad y precisión reclamada por la teoría estándar de los positivistas. La de Sneed, que cuestionó al propio concepto de sistema hipotético deductivo y pensó que las teorías también poseen entidades no lingüísticas que pueden reconstruirse como conjuntos y no

como edificios perfectos deductivos. La de Putman, que criticó la distinción entre enunciado observacional y teórico, señalando que los llamados términos observacionales son a su vez abstracciones. La de Suppes que cuestionó que hubiese teorías estandar realmente existentes. O de Moulines que elaboró un concepto de estructura teórica alternativo a la del positivismo, pensada a ésta como red teórica, que poseería nódulos definibles por conjuntos teóricos con componentes semánticos (núcleo), pragmáticos, sociológicos (comunidad científica) e históricos (validez temporal). Hasta la de Foucault que en esta línea hizo brillantes aplicaciones de un concepto de teoría que se alejaba de la del otrora poderoso positivismo lógico: rejilla de especificación e historia parcial son conceptos que apuntan en esta dirección.

Zemelman, por su parte, reivindica el concepto de totalidad abierta; ésta no es un sistema teórico para aplicar y explicar, como lo era el concepto estándar de teoría.

En esta medida se aleja de las tradiciones clásicas en cuanto a construcción de grandes sistemas teóricos explicativos. La totalidad abierta de Zemelman es un conjunto de criterios de construcción de conocimiento y de relación práctica con la realidad en el tiempo presente. Esta relación abierta con el conocimiento acumulado y con la realidad no teorizada implica la “deconstrucción” de la teoría acumulada, pero, a diferencia de los posmodernos, su posterior reconstrucción en una totalidad concreta. Esta totalidad concreta también es entendida como articulación de lo pertinente al objeto. Ni duda cabe del alejamiento de Zemelman del positivismo y del estructuralismo, así como del intento de construir grandes teorías para luego aplicarlas a la realidad y explicarla.

Sin embargo, múltiples dudas e incertidumbre surgen en relación con la polémica actual acerca del carácter y estructura de las teorías científicas.

1. Si las teorías no son sistemas deductivos cerrados, con relaciones claras entre los conceptos de una proposición, ¿cuál es la estructura teórica alternativa que Zemelman propone? ¿Su noción de apertura y la introducción de lo que llama estructuras parametrales lo acercan al posestructuralismo en el sentido epistemológico?

2. El concepto de estructura en Zemelman tiene cabida, sin embargo, no queda claro si permanece con un sentido clásico o se acerca a las historias parciales de Foucault.

3. ¿Qué significa seguir hablando de lo “histórico natural” como lo determinante, aunque no siempre explicativo? ¿Cómo en el viejo marxismo la infraestructura económica se sigue concibiendo como lo determinante? ¿Siguen considerándose “últimas instancias”?

4. La distinción que establece entre explicación y aprehensión no resuelve el problema de si en el momento del cierre del proceso de conocimiento (después de una sugerente apertura), hay también un concepto nuevo de explicación. Si es así, ¿cuáles serían los criterios de validación de ese conocimiento ‘reconstruido’, sobre todo, en un problema de tiempo presente, ¿tendría la aprehensión un equi valente con el de la verdad en la explicación?

5. Al diferenciar ciencia normal de descubrimiento, no quedan claras sus posibles relaciones.

Positivismo y posmodernidad en América Latina

A pesar de las oscuridades mencionadas, la obra de Hugo Zemelman, en particular *Horizontes de la razón*, constituye tal vez el intento más serio por poner al día la línea hegeliano marxista en el plano epistemológico actual.

¿Hasta qué punto este intento constituye una ruptura con aspectos del núcleo duro del marxismo clásico y ubica a Zemelman en un posmarxismo como a Giddens, a Bourdieu o a Habermas? Es pronto para un balance sumario.

Lo cierto es que se edita el libro que hemos reseñado en un contexto confuso de la reflexión teórica y la investigación social en América Latina. Por un lado, con un marxismo en crisis, que ha llevado a sus sostenedores mejor formados a renegar del mismo o a esperar tiempos mejores, dejando su defensa explícita a intelectuales poco numerosos, de tercera o cuarta categoría, con respecto de la década de los años setenta. Pareciera que la investigación social en América Latina se debate entre una vuelta a las formas que se creyó eran duras, de hacer ciencia de inspiración positivista, y el liquidacionismo posmoderno.

En cuanto al positivismo en la investigación social empírica en América Latina, es posible que emerja frente a una ciencia social marxista que dominó y ahora está en plena retirada en el mundo. Pero también porque las mediaciones entre epistemología, metodología y técnicas de investigación implican determinantes adicionales a las simples aplicaciones de los principios de un nivel en los otros. Asimismo, en estas mediaciones no es extraña la hibridación de supuestos. La metodología como proceso de investigación científica ha sido, sobre todo, resultado de las reflexiones de los científicos sociales, más que de los epistemólogos (por ejemplo, de Lazarsfeld en la sociología, o de Freud para el psicoanálisis); entre ciencias sociales particulares con sus diferentes tradiciones, los desfases con respecto de la polémica epistemológica son frecuentes, por ejemplo el carácter relativamente impermeable de la economía con relación a la crisis del positivismo y del estructuralismo; y, finalmente, el papel importante de la analogía en las formas concretas de hacer ciencia, analogía de estilos de investigación que es imitación de hipótesis, indicadores, datos y técnicas de investigación, constituyendo formas concretas de hacer ciencia. Sólo por la existencia de tantas mediaciones entre epistemología e investigación científica concreta es posible comprender como en América Latina resurgen estilos positivistas y estructuralistas con el estudio concreto de problemas urbanos, políticos, del trabajo, electorales, etc., cuando positivismo y estructuralismo están ampliamente desprestigiados en los niveles abstractos desde hace tiempo.

Por otro lado, no falta quien piense que ahora la posmodernidad es dominante en la región. Esta afirmación también habría que relativizarla; su influencia es mayor entre los filósofos y los que discuten críticamente las grandes teorías, que en las teorías regionales y sobre todo poco importante en las formas concretas de hacer investigación empírica. Aquí cabría distinguir dos posiciones posmodernas con implicaciones diferentes para el quehacer científico: la primera de ellas sería un posmodernismo genérico, paradójicamente más parecido a una concepción del mundo, aunque su concepto central sea el de

fragmentación y que en el quehacer de la ciencia se traduce en la negación de teorías globales.

El segundo posmodernismo es francamente liquidacionista de la ciencia, aun de la pequeña, de la razón científica. Esta posición resulta de llevar al extremo el nihilismo de los simulacros y la crítica a la epistemología positivista.

En este contexto poco propicio aparece la obra de Zemelman reivindicando una lectura diferente de Marx, partiendo de éste pero acuñando conceptos y formulando problemas desconocidos en el siglo XIX. En particular, su concepto de teoría, implícito en los conceptos de aprehensión, potencialidad, estructuras parametrales y tantos otros, podrían ser un puente entre una epistemología poco desarrollada por el marxismo clásico con problemas actuales, como los destacados por el posestructuralismo.

Nociones vagas en Marx como las de relación entre lo lógico y lo teórico, el papel del dato en la construcción de la teoría o la definición de conceptos en diferentes niveles de abstracción, por el puente que traza Zemelman, podrían tener más relación con el posestructuralismo que con el positivismo. Y, sobre todo, una visión no totalitaria, ni *a priori*, de los sujetos, que tampoco es la desarticulación absoluta posmoderna (como interesa a Zemelman), tal vez permitiera construir, como él pretende, una noción de ciencia que sólo en embrión podría rastrearse en escritos marxistas clásicos. La incorporación de la voluntad y la subjetividad no en una pueril fenomenología, sino en esa cara visión clásica de articulación entre objetividad y subjetividad, recuperada por el concepto de estructuración de Giddens, que fuera más allá de los aforismos que se prestaron a múltiples lecturas desde el poder de los estados del socialismo real.

Es decir, la tantas veces aplazada epistemología actualizada del sujeto-objeto, del concreto-abstracto-concreto, de lo dado-dándose, de la relación entre estructura-subjetividad y acción. Desgajada de sus contaminaciones positivistas y en un diálogo que deje atrás la anticuada polémica entre materialismo e idealismo, encuentra ahora y por primera vez en la obra de un latinoamericano un aporte sustancial.

Enrique de la Garza

Har
 JOSÉ MANUEL VALENZUELA ARCE, *Empapados de sereno. El movimiento urbano popular en Baja California (1928-1988)*, Tijuana, El Colegio de Frontera Norte, 1991, 223 pp.

Para Martha Arévalo Bustamante

La importancia del movimiento urbano popular (MUP) en la configuración del espacio urbano en varias ciudades mexicanas —como las de México, Monterrey o Tijuana, entre otras— resulta un factor explicativo que nos permite analizar tanto los diferentes procesos como los actores sociales que intervienen (gobierno, organizaciones de colonos, etc.). Estos procesos dan cuenta del llamado

poblamiento popular de espacios que paulatinamente son transformados a través del esfuerzo de los pobladores pobres cuya característica común es carecer de un lugar adecuado donde edificar su vivienda. Dicho esfuerzo supone diversas luchas que van desde el logro de la regularización de la tenencia de la tierra hasta la introducción de los servicios públicos. Los esfuerzos que emprenden estos pobladores pobres no sólo son diversos sino que en cada ciudad mexicana adquieren una dinámica propia. Ésta es un elemento que el libro de Valenzuela rescata para hablarnos de algunos factores que conforman el MUP en la ciudad de Tijuana: la vecindad con Estados Unidos caracterizada por un constante flujo de personas y mercancías entre la ciudad de San Diego y Tijuana. En otras palabras, la existencia de un proceso migratorio que responde a la demanda de un mercado laboral norteamericano ya consolidado para la fuerza laboral mexicana, por lo que resulta un fenómeno que ha repercutido en la consolidación urbana de Tijuana. Gente de diversas partes del país concurren a esta ciudad fronteriza para buscar un mejor nivel de vida tanto del lado norteamericano como del lado mexicano. Por otra parte, el difícil acceso a la mercancía vivienda ha provocado que diversas cañadas, barrancas, laderas, etc., se conviertan en espacios habitacionales para las personas de escasos recursos (p. 88).

En resumen, el flujo migratorio, la rápida industrialización de Tijuana con el establecimiento de empresas maquiladoras, la vecindad con Estados Unidos, el déficit habitacional que afecta a las masas trabajadoras, configuran el contexto donde se desarrolla el MUP.

Los orígenes de este movimiento tienen que ver con la rápida industrialización del país bajo el modelo de sustitución de importaciones que aceleró el proceso migratorio campo-ciudad; es decir, la pauperización creciente del campesinado, así como el deterioro en las ciudades del nivel de vida de las masas trabajadoras. Desempleo y subempleo, exclusión de los programas oficiales de vivienda y otros factores, han provocado que las clases subalternas se organicen para obtener tierra donde vivir y al mismo tiempo entablen una lucha frente a las autoridades gubernamentales para la dotación de los servicios urbanos tan necesarios para su reproducción como clase (capítulo II).

Respecto a la composición del MUP en Tijuana es claro que los grupos sociales que resultan ser la base del movimiento urbano son las clases asalariadas. Descarta el autor que en su composición se encuentre exclusivamente dominado por la población marginal o lumpenproletaria (capítulo V), con lo cual rechaza la idea tan común en los años sesenta y setenta de que las movilizaciones sociales se debían a la organización de esa población marginal, que *a priori*, por encontrarse en esa condición marginal, tenía un proyecto radical de transformación de la sociedad.

Dentro de la composición del MUP sobresale el papel que la mujer ha jugado en las diversas fases de la lucha. El deterioro de las condiciones de vida, que no son más que las condiciones de reproducción, (por ejemplo, la vivienda y los servicios son una parte fundamental de esas condiciones de reproducción), afectan directamente a las mujeres por su condición de "ama de casa", un término que oculta la explotación de su persona. Es decir, el no reconocimiento diario de su intensa jornada laboral —que incluye el cuidado de los hijos, su

participación en la edificación de la vivienda, la lucha diaria que emprenden por la obtención de agua, etc.—, configuran una problemática que forma parte de su cotidianidad. De ésta surgen las demandas inmediatas que son fuente de organización de las familias y que buscan satisfacerlas mediante la movilización.

En este proceso de satisfacción, las autoridades gubernamentales así como el partido oficial (PRI) se convierten en los interlocutores, que utilizando mecanismos que van desde la represión hasta la cooptación, obstaculizan la introducción rápida de los servicios urbanos y en muchos casos la regularización de la tenencia de la tierra (capítulo IV).

Entre las demandas del MUP se destaca la necesidad de la introducción de la red de agua (p. 92), ya que en una ciudad como Tijuana, afectada por un clima extremadamente caluroso, junto con la dificultad que representa la topografía que eleva los costos de su introducción, baja inversión pública, y demás circunstancias, el problema del agua refuerza la desigualdad social porque solamente las zonas urbanas donde habitan las clases acomodadas cuentan con una red de agua más o menos eficiente; al mismo tiempo, esta situación se convierte en una fuente potencial de conflictos sociales (p. 204).

Sin embargo, el conflicto más significativo que ha influido en el perfil actual de la ciudad de Tijuana es el que se generó, entre los años cincuenta y sesenta en los terrenos de la llamada Zona del Río. El interés gubernamental coincidió aquí con el interés de los grupos ya que el gobierno intentaba realizar obras de canalización del río Tijuana y los grupos privados querían apoderarse de esos terrenos por su alto valor (p. 99). Ambos sectores realizaron una campaña a través de los medios informativos para desacreditar la estancia de los pobladores que en ese momento habitaban tales terrenos. El fantasma del desalojo comenzó a rondar por los diferentes asentamientos de la zona, destacándose el practicado contra los habitantes de "Cartolandia", que fue considerada "como arquetipo del vicio, la miseria, la degradación, la promiscuidad, la delincuencia" (p. 101). En mayo de 1973 comienza el desalojo y la reubicación de los afectados en el Centro Urbano 70-76 y en la colonia Reforma. Con ello se comienzan las obras de canalización del río Tijuana y según la opinión del entonces gobernador, Milton Castellanos, esas tierras "debían de asignarse al comercio y al turismo" (p. 109).

La importancia de la reconstrucción testimonial que el autor realiza sobre el desalojo radica en que los afectados, organizados o no, dan cuenta de ese acontecimiento desde la perspectiva de las luchas que las clases dominadas emprenden en México por sobrevivir, en un medio controlado por los intereses del capital que en forma directa o indirecta, encuentra su apoyo en el sector gubernamental.

Como suele suceder en estos casos de desalojo, los programas gubernamentales de vivienda para los afectados no benefician a todos; los pagos exigidos a los supuestos beneficiados no pueden ser cubiertos y entonces una forma inmediata de solucionar tal problema es el asentarse en campamentos. De esta manera surge el campamento Las Carpas, en Mesa de Otay. Cuando a fines de la década de los setenta el entonces presidente López Portillo visita este campamento en compañía del gobernador Roberto de la Madrid, la indignación de sus

pobladores estalló trasformada en gritos y exigencias y el presidente López Portillo prometió indemnizaciones “pero a aquellos cuyas casas habitación fueron destrozadas por el agua no las recibirían, porque ni el gobernador ni yo somos responsables de lo que haya hecho el agua” (p. 123). Para el dirigente del Comité Unión de Colonos Urbanos de Tijuana, A. C. (CUCUTAC), Catalino Zavala, los periodos de lluvias fueron aprovechados por el gobierno para desalojar a la gente: “Cada periodo de lluvias era un desalojo; el más fuerte se dio en el 78, donde lograron desalojar casi la mitad de la gente que quedaba en la Zona del Río” (p. 127). Estos desalojos fueron la base de las organizaciones que a fines de los años setenta e inicios de los ochenta conformarían el MUP en Tijuana.

El presente libro resulta un avance en el conocimiento de las movilizaciones de las masas urbanas, que de una u otra manera, han determinado ciertas etapas del desarrollo urbano del país. Resulta, al mismo tiempo, un acercamiento a la problemática urbana que las masas enfrentan en la frontera norte, en este caso en la ciudad de Tijuana.

Miguel Ángel Vite Pérez

FIONA WILSON. *De la casa al taller. Mujeres, trabajo y clase social en la industria textil y del vestido*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990.

Uno de los procesos más importantes en la reestructuración global de las economías, es el crecimiento del sector informal y del trabajo femenino ligado a él (Ward, 1990). El concepto “sector informal” cubre una amplia gama de actividades —desde el comercio ambulante hasta la producción industrial—, caracterizadas por el hecho de estar al margen de la legislación laboral y la sindicalización. Aquí nos interesa un tipo de “informalidad”: la vinculada a la producción industrial. Aunque en ciertas zonas de México ha tenido y tiene gran peso, son aún escasas las investigaciones que analizan sus orígenes e impacto sobre las condiciones de vida de las trabajadoras y sus familias, así como en las relaciones de género. El tema fue cuidadosamente estudiado por Benería y Roldán (1992) en una gran urbe —la ciudad de México—, pero no contábamos con una investigación de equivalente envergadura para las pequeñas ciudades de provincia, donde este tipo de producción se ha convertido en una de las principales fuentes de trabajo. El libro de Fiona Wilson ha venido a cubrir este vacío.¹

¹ Existen varias publicaciones muy valiosas sobre la participación económica femenina en el desarrollo regional, entre ellas: P. Arias (1988); L. Gabayet (1988); M. González de la Rocha (1989); G. Mummert (1990); pero hasta donde sé, el libro de Wilson es el primero dedicado, primordialmente, a las relaciones de género en la industria textil y del vestido.

La industria textil y de confección de ropa estuvo ligada en sus inicios a la producción en pequeños y medianos talleres, que subcontrataban trabajo a domicilio en zonas rurales (Kriedte, 1986). En una etapa posterior tendió a concentrarse en las fábricas, para retornar a los talleres en tiempos recientes; éstos son especialmente aptos para adecuarse a la flexibilidad requerida por una demanda sujeta a modas efímeras. Este tipo de producción se ha extendido, en México, a numerosos pueblos de Michoacán, Jalisco, Guanajuato, Aguascalientes y al Estado de México. En este contexto, el desarrollo de talleres significa la posibilidad de que una parte de la población rural o semiurbana —en particular—, se integre a la producción industrial sin necesidad de migrar. Aquí, a semejanza de lo que ocurrió en Europa durante la etapa de proto-industrialización, son las empresas las que salen a buscar su fuerza de trabajo y no viceversa.

El libro de Wilson analiza el surgimiento y expansión de la manufactura de ropa desde la década de 1960 en Santiago Tangamandapio, Michoacán, con una óptica particular: “las relaciones de clase y de género se conciben como inseparables en la interpretación de la dinámica del cambio socioeconómico en el tiempo” (p. 93). Aunque Wilson es geógrafa de formación, éste es un estudio de antropología histórica, cuyo punto de partida son las historias de vida y las historias laborales de hombres y mujeres pertenecientes a tres generaciones de varias familias. Esta fuente de información se complementa con otras —entrevistas a funcionarios y empresarios, los registros civiles, los censos— para reconstruir los procesos seguidos por las relaciones familiares y por las relaciones dentro y fuera de los talleres.

Tangamandapio, donde se llevó a cabo el estudio, está enclavado en una región de fuerte y constante migración temporaria, masculina, a Estados Unidos. La investigación revela que esto influyó desde un comienzo en la formación de los talleres y en las características de la fuerza de trabajo que emplean. Por una parte, porque varios de los talleres se abrieron inicialmente con los ahorros y maquinaria traídos por algunos migrantes. Por otro lado, la inestabilidad, inseguridad e insuficiencia de las remesas de los migrantes fue el principal factor que orilló a las mujeres casadas y con hijos a ser las primeras en incorporarse al trabajo asalariado, cuando surgieron oportunidades de hacerlo.

En un estilo fluido, Wilson logra vincular el nivel microsocioal de la dinámica doméstica con los procesos en el nivel local y regional. Lo hace recreando una serie de cuestiones que atañen a la textura y calidad de vida; habitualmente no se las toma en cuenta, pero para los actores son fundamentales. Tal es el caso, por ejemplo, de la percepción que las mujeres tienen de los problemas generados por la migración de sus maridos. Esta dimensión subjetiva le añade riqueza a la descripción y resulta un factor importante en la explicación de los comportamientos.

Los hallazgos más originales y valiosos del estudio de Wilson derivan de su esfuerzo por indagar los valores culturales en torno al género, que han moldeado las relaciones de trabajo en los talleres, a lo largo de tres décadas. Estos valores actuaron de manera directa sobre tres aspectos cruciales: 1) las formas de organización de la producción, segregada por sexos; 2) las escalas salaria-

les, y 3) las formas de lucha —diferentes para hombres y mujeres— por mejorar las condiciones de trabajo. Desde la perspectiva adoptada, Wilson descubre que el “modelo doméstico” de las relaciones familiares se trasladó al ámbito laboral, donde persistió 20 años. Durante este tiempo fue un elemento que contribuyó de manera importante al mantenimiento de los bajos salarios (pocos talleres pagaban el salario mínimo) y a la ausencia de prestaciones a las obreras. El modelo se quebró recién en los años ochenta, cuando la mano de obra se calificó y logró aumentar su poder de negociación.

Al analizar las complejidades de los entrecruzamientos entre la clase y el género, Wilson logra interrelacionar de manera convincente y penetrante las transformaciones en la tecnología, el proceso de trabajo y las relaciones laborales a lo largo de casi 30 años de vida de distintos tipos de talleres. Esta obra muestra debilidad, sin embargo, en el intento de cuantificar ciertos aspectos de la dinámica familiar (evolución de la edad de matrimonio, la endogamia y el tamaño de la familia —capítulos 3 y 6). Los datos que se presentan sobre estos puntos resultan insuficientes para un análisis sólido y sistemático, lo cual no invalida los aciertos mencionados.

Finalmente, los resultados de este libro subrayan claramente que los cambios socioeconómicos descritos han reestructurado la sociedad, creando una nueva conflictividad que sin duda repercute sobre la vida política local y del estado. Aunque este aspecto desborda los objetivos que se propuso Wilson, su trabajo coloca las bases para investigaciones futuras que tiendan puentes entre los procesos locales y la dinámica política en el ámbito estatal. Los acontecimientos han demostrado la máxima importancia de esta temática.

Soledad González Montes

Referencias

- Arias, Patricia (1988), “La mujer y la manufactura rural en Occidente”, en J. Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Instituto de Investigaciones Sociológicas, UABJO.
- Benería, L. y M. Roldán (1992), *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.
- Gabayet, Luisa et al. (eds.) (1988), *Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el Occidente de México*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco y CIESAS de Occidente.
- González de la Rocha, M. (1989), “Crisis, economía doméstica y trabajo femenino en Guadalajara”, en O. de Oliveira (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México.
- Kriedte, P. y J. Schlumbohm (1986), *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona, Critica.
- Mummert, G. (1990), “Mercado de trabajo y estrategias familiares de reproducción social en el valle de Zacapu, Michoacán”, en G. Mummert (ed.), *Población y trabajo en contextos regionales*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Ward, K. (ed.) (1990), *Women Workers and Global Restructuring*, Ithaca, Cornell University Press.